

lucía nache

la extranjera

Pie de Página

lucía nache

la extranjera

Pie de Página
Letra Volada

Título original: *La extranjera*

Primera edición: abril de 2025

© Lucía Nache
© Fotografía de cubierta: Carol Peña
Maquetación de interior: Marta Vega
Corrección: Susana Sierra y Ana Andrés
Edición: Carlos Valdivia Biedma

Depósito legal: M-7377-2025
ISBN: 978-84-129947-3-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Impreso de forma cariñosa en España.

«Yo estaba hecho para tener un cuerpo».

La caída, Albert Camus

A qui mai m'ha negat la veu.

Del día que abandonó su pueblo sin una intención tangible de regreso, Antía guardó el color púrpura que el amanecer arrojó esa mañana sobre la sierra de Gádor. Si algo tiene de especial el pueblo pesquero al que pertenece es la insultante distancia a la que están las montañas del mar. Por ello, pese a vivir en primera línea de playa, la sierra de Gádor siempre ha sido visible desde el balcón de casa. Sin embargo, hasta aquel momento en que estaba a punto de marchar, no había sido consciente de la singularidad del fenómeno. Le recordó sin ninguna delicadeza que, allí donde iba, el horizonte no existía. Estaba siendo advertida por la propia naturaleza en toda su magnificencia: los colores la llamaban a la cordura. *Quédate*. Con todo, aún no había conocido la claustrofobia de los horizontes vacíos, así que esa advertencia no entorpeció su huida.

Fue así, a raíz del hipnotismo de los colores, del saber de la inminente ausencia de montañas, en bata y desde el balcón, como Antía comenzó a ser espectadora de lo que acontecía más allá de sí misma. El paisaje del poniente almeriense se postraba frente a ella como lo había hecho durante los veinticinco años de su vida y sentía que lo veía por primera vez. El afuera, sintió, empezaba a existir. Su mirada despertó y dotó de vida aquello que observaba. La mañana de su huida fue también la mañana del gesto de la creación.

El día que abandonó su pueblo sin una intención tangible de regreso, Antía fijó la atención en los resquicios de la cordillera queriendo encontrar algo de sí misma en la tonalidad onírica del

cielo. El anhelo de lo que se reconoce perdido no había hecho más que emerger, como un susurro a las puertas de su hipotálamo. Con el paso del tiempo, la nostalgia de lo desposeído acabaría por quedársele aferrada a la boca del estómago, reclamando sosiego. No obstante, aún no era consciente de lo terrorífico de las pérdidas. Tampoco de la existencia de fuerzas más violentas, que tirarían de ella hasta hacerla desaparecer.

Mientras esperaba frente a la estación, Antía comenzó la ardua tarea de liarse un cigarro. Era temprano, el sol aún no había salido y el frío de la mañana le adormecía sin piedad la punta de los dedos. Escarbó en el paquete de Virginia, sacó una boquilla y la dejó descansar entre las comisuras de la boca. Colocó entonces un poco de tabaco en la palma de una mano y se hizo con un papel, que acomodó en la otra. Lo esparció dentro y comenzó a tantear el pitillo, haciéndolo girar hasta que este empezó a intuirse entre los dedos. Fumar comprendía un ritual. Preparar un cigarro era una suerte de instante celestial, una pausa casi divina que rompía con la anarquía del día a día. Sin embargo, a pesar del poder analgésico de la rutina, aquella mañana no conseguía disipar la intranquilidad que la asediaba.

Dio una primera calada. Los sucesos de aquella semana comenzaban a cobrar una condición de realidad que la alejaban del estado de ingravidez que tanto necesitaba. Hasta aquel momento, tan solo habían formado parte del universo fugaz y delirante de las noches, o de los últimos días, y, poco a poco, conforme un destello muy tenue de luz despuntaba por entre las calles, los recuerdos tomaban espacio y la obligaban a ser consciente del suelo que la sostenía. A reconocer su presencia. Continuó dando caladas al pitillo en un esfuerzo estéril de inducir en ella la tranquilidad. Quería salir de su cuerpo. No obstante, lejos de evadirse, el sabor del humo la mareaba. Se preguntó si vomitaría.

Todo el que haya estado en Ámsterdam sabe que la ciudad empieza a los pies de su estación. Un enorme edificio neorrenacentista se yergue solemne ante la inmensidad del laberinto de

azoteas, puentes y canales. Debido a la hora, la calle principal, que termina en la plaza Dam y que se despliega en línea recta justo desde donde acaba la plaza de la estación, se descubría vacía frente a ella. Acechaba un cielo encapotado al que, a aquellas alturas, ya estaba acostumbrada.

Antía alzó la mirada y echó un vistazo al reloj que colgaba de la fachada. Haciendo caso omiso del frío y el malestar, se obligó a desplazar la atención fuera de sí y a disfrutar de lo que ocurría más allá: quería ser golpeada por el momento estático propio de las madrugadas. Lentamente, sintió que el paso del tiempo olvidaba su labor y le hacía una reverencia: *absolutamente todo lo que está ocurriendo ahora mismo es tuyo*.

Tú sabrás lo que haces.

La voz de Júlia rompió con brusquedad su ensimismamiento. No siempre coincidían durante las semanas de trabajo en Buitenkant y hacía días que no pasaban tiempo juntas más allá de las paredes del piso que compartían. Antía se alegraba de tener a Júlia cerca. Fue ella quien le consiguió alojamiento cuando llegó, diez meses atrás. En una imitación automática, Júlia miró también el reloj de la estación y cogió el paquete de tabaco que asomaba del bolsillo de la chaqueta de su amiga. Ella también se tomaba su tiempo cuando fumaba, pero lo suyo no era tanto introspección como un puro y gastado narcisismo. Júlia se debía al mundo que la observaba; todo en ella apelaba a la *performance*. Usó las uñas, naranjas y larguísimas, para encajar la esquinita del papel alrededor de la boquilla. Tras pasar la lengua por la franja engomada, se llevó el cigarrillo a los labios, lo encendió con parsimonia y aspiró la primera calada. Antía exhaló con cansancio.

Y encima tienes resaca, ¿no?, le espetó.

Antía sentía las ideas espesas y lentas. Mientras ella se tentaba los bolsillos en busca del mechero, Júlia se sumergió en una perorata sobre la vacía necesidad de alcoholizarse durante el ocio, poniendo como ejemplo sus propias experiencias. Aunque

coincidía, a aquellas horas desalmadas Antía no tenía intención de alimentar su soliloquio. Además, cuando Júlia hablaba, lo hacía para sí misma porque necesitaba esa recreación. No podía vivir su cotidianidad sin el ruido de la emoción y el drama. Por eso, la incapacidad de Antía de prestarle mucha atención no influía demasiado. Y, a pesar de que su actitud solipsista la sacaba de sus casillas, solía encontrar cierto deleite viéndola gesticular y dándose al espectáculo de sí misma. Expulsaba el humo con un teatral gesto de cabeza, en dirección al cielo, en un intento de añadir expectación a lo que contaba y de apartarse los rizos del flequillo (teñido de un rubio platino), que le caían gráciles sobre los ojos. Antía encontró el mechero y, aún con el cigarrillo entre los labios, la miró un momento a través del humo que se arremolinaba entre ambas.

No tengo resaca. Es falta de sueño.

¿Vas a hablar con él?

¿Con quién?

¿Cómo que con quién?

Sí, contestó resignada. Supongo.

Júlia cabeceó en señal de rendición y con un movimiento de los ojos le hizo notar la hora que anunciaban las agujas del reloj mientras apuraba la última calada. Tiró la colilla al suelo y la apagó con la punta de la bota. Antía tiró el cigarro a medias en una alcantarilla. Se apresuraron a coger del suelo las mochilas y entraron a toda prisa en la estación. Pasaron las tarjetas de transporte por el control y enfilaron el largo pasillo comercial. Los escaparates se atropellaban unos con otros, y las personas empezaban a aglomerarse frente a los pocos establecimientos que ya ofrecían café para llevar. Las estaciones de tren en aquel país no eran como las que Antía había visto en España, donde una masa uniforme de gente se desplaza hacia su destino como arrastrada por la fuerza ineludible de las obligaciones. En Ámsterdam, todo el mundo parecía tener un compromiso al que dirigirse con

decisión y alegría, como complacidos por el orden inalterable que establece la jornada laboral.

Antía se paró frente a una panadería para pedir un café, y Júlia siguió caminando, sin percatarse. A lo largo de la galería se extendían, a cada lado y entre los comercios, las escaleras mecánicas que subían a los andenes. ¡Antía!, gritó Júlia. Se había detenido a unos pocos metros, frente las escaleras que conducían al andén en el que, seguramente, ya las esperaba su tren. Su nombre le llegaba en un eco amortiguado. Júlia puso los ojos en blanco en un intento de hacerle llegar su irritación. *Dank u wel*, dijo Antía, y esbozó su mejor sonrisa a la dependienta con un vaso humeante de cartón en la mano. El acto de pedir un café era una rutina innecesaria, pero que la hacía sentirse parte del frenesí de la ciudad y le ofrecía una falsa sensación de control absoluto de su tiempo y de sus circunstancias: se permitía la osadía de desafiar la hora de salida del tren que la llevaría al trabajo que le daba de comer y que sostenía toda su vida en aquel país.

Tranqui, dijo al llegar hasta Júlia. Si lo perdemos, seguro que en dos minutos sale otro tren en otro andén en la misma dirección.

Todo es posible en este país, pensó. Incluso la forma de no llegar tarde al lugar más recóndito de toda la provincia. Evocó con melancolía el transporte público de su pueblo, en la costa almeriense, donde esperar a que pasara el autobús que la llevara a la capital significaba un lacerante abandono a su suerte.

Subieron al tren aceleradas. Ya no quedaban pasajeros esperando en el andén y el agente de estación se aseguraba de que todo estuviese en orden para dar la señal de salida. Se acomodaron en dos plazas. Cada una tenía respectivamente un asiento vacío a su lado, donde pusieron sus cosas. No era común tomar aquella dirección en horas tan tempranas, por lo que apenas había gente en el vagón. Dada la oscuridad aún evidente del exterior, al interior del tren lo bañaba una luz cálida que nada tenía que ver con la luz amarillenta que Antía acostumbraba a encontrar en otros trenes

o en los vagones de algunos metros, que ponía de manifiesto el hecho lamentable de estar siendo transportado por una caja de metal. Bajo aquella luz seguían estando dentro de una estructura metálica (seguramente igual de destartalada bajo las capas de pintura), pero ella se sentía extrañamente protegida. Sucedía algo parecido cuando viajaba en avión: durante el despegue, su pánico a estar suspendida en el aire por pesadas piezas de metal tan solo se apaciguaba cuando escuchaba al personal de vuelo anunciar el precio de las bebidas y los KitKats.

Se recostó todo lo que pudo en su asiento, con las piernas estiradas de modo que quedaran bajo el asiento de Júlia. Con los dedos entrelazados sobre la barriga y ya solamente esperando a ser transportada, Antía giró distraídamente la cabeza hacia la ventana. Debido a la penumbra, el cristal le devolvía una imagen tan definida de su reflejo que se asemejaba a estar delante de un espejo. Tropezó entonces con su mirada a sí misma. Durante un instante ínfimo, quedó con gracia suspendida en esa caída, a la vez hastiada y atraída por el vértigo de aquello que le devolvían sus pupilas. Se encontró con una mirada atenta, de curiosidad. De cierta tristeza. Los encuentros súbitos consigo misma siempre la habían perturbado. Para evitar enfrentarse a lo que le suscitaban aquellos encuentros, se dedicó a observar sus facciones e intentó atisbar algo de sí misma en el desorden del pelo (ya demasiado largo), que había recogido con rapidez aquella mañana, y en el rastro de rímel bajo los ojos, que aún conservaba del día anterior y que había resbalado, con gracilidad, más allá de las pestañas. Un jersey oscuro, ligeramente deshilachado en los puños y demasiado ancho, acentuaba su delgadez. Todo en su conjunto le confería un aire de despreocupación que a veces podía leerse (también por ella misma) como un misterioso desamparo. Sin embargo, Antía advertía siempre una familiaridad agradable en lo imperfecto o lo inexacto (el desorden del pelo, el rímel corrido bajo los ojos, los puños deshilachados). La imperfección y la inexactitud se

convertían en unos fenómenos en los que le resultaba fácil reconocerse y gracias a los cuales sentía cierta pertenencia al mundo. Pasó la mirada por el resto de las cosas que se reflejaban: una pasajera escribía con ímpetu en su Mac; un señor con el pelo cano, al lado de su mujer, dormía; Júlia, con las piernas cruzadas a un lado, frente a ella, rebuscaba en su neceser. El tren iniciaba su marcha con lentitud y el paisaje se movía. Era un movimiento que tan solo podía intuirse tras las cosas que sucedían sobre el vidrio.

No sé cómo aguantaremos tres semanas seguidas de trabajo, se lamentó Júlia mientras se maquillaba. Apoyó un neceser y un pequeño espejo en el ángulo inclinado que formaban sus piernas cruzadas. Al volverse a encontrar con el silencio, congeló su tarea y levantó la vista hacia su amiga.

Seguramente nos den un día o dos de descanso a la mitad, respondió Antía finalmente, con la mirada aún fija en el cristal.

¿Aprovecharás para volver a Ámsterdam?

No sé.

Júlia se entregó más fervientemente a su cometido, y Antía observaba su quehacer en el reflejo mientras iniciaba el trabajo de lidiar con el hecho de que Jos ya estaría allí. A diferencia de ellas, él había llegado hacía una semana, y marcharía una después de que Júlia y ella acabaran. Se preguntó si cuando volvieran a Ámsterdam tres semanas después su vida seguiría siendo la misma. De pronto, le acometió el recuerdo de su habitación, que había dejado a toda prisa aquella mañana. Por cómo se habían desencadenado los acontecimientos de la semana, no había tenido tiempo de ordenarla antes de coger el tranvía hasta la estación y apenas había dispuesto de cinco minutos para coger cuatro trapos y meterlos de cualquier manera dentro de una mochila. Con suerte, había dormido un par de horas. Antes de salir, había mirado la cama deshecha y la imagen la atravesó con una emoción que no supo identificar. Las sábanas estaban arrugadas y el

edredón, debido al calor que había hecho durante la noche, caía por un costado. Un anillo que no era suyo descansaba a los pies de la mesita. Había un jersey, tops y calcetines dispares tirados por el suelo. Salió de casa (Júlia, que se había ido con tiempo, ya la esperaba frente a la estación) y dejó el caos atrás. Allí seguiría y así lo encontraría cuando volviese: intacto. Y aquello sería un reflejo de su propio desastre, como una evocación de la noche y de toda la semana. Casi, incluso, como una reprimenda. *No has querido hacer las cosas bien y aquí van a seguir, de cualquier manera, hasta que te ocupes de ellas.* Se preguntó, con tan solo un aliento de vértigo, si, en tres semanas, lo único que quedaría inalterado sería, precisamente, el desorden de su habitación.

Miró de nuevo por la ventana. Habían pasado apenas unos minutos desde que lo había hecho por última vez. Aún no había la suficiente luz afuera como para pasear la vista por la línea recta que forma el infinito de los prados, pero tampoco estaba ya lo suficientemente oscuro como para que las facciones de su rostro siguieran observándose con nitidez en el cristal. Este devolvía ahora un reflejo que empezaba a transformarse en una amalgama de imágenes entrecruzadas conforme el tren avanzaba hacia el precipicio de las primeras luces del alba. El afuera y ella misma quedaban en el vidrio superpuestos y sus límites se confundían. Era difícil mirar a uno sin mirar también al otro: el paisaje estaba en ella y viceversa.